

# La festividad del Corpus

## Tarasceas y Gigantones

La presencia de los Gigantes que suelen preceder a las procesiones de la festividad del Santísimo Sacramento, llamada vulgarmente la fiesta del Corpus, fué considerada en la antigüedad como una alegoría para poner de manifiesto la omnipotencia del Señor ante el cual póstranse y andan sumisos y humillados todos los seres, aun los más descomunales y vigorosos

A más de los gigantones era costumbre en otros tiempos llevar a la procesión del Corpus algunas figuras de animales extraordinarios tales como culebras y dragones enormes y otros monstruos que en Cataluña fueron llamados *la patum*, *la brivia*, *la mulassa*, *la caca fera* y *la Tarasca*, etc. todos ellos expuestos a veces a la manera de lo más fabuloso, quimérico e indómito del averno y que sembraron el pánico entre la gente menuda.

En Gerona presentáronse en el año 1.513 por primera vez para solemnizar aquella procesión tres figuras de tamaño descomunal e imponente: *Lo Jagant* (*Gegant*), *Lo Drac* y *l'Aliga*. El gigante llegó solo a la inmortal ciudad, esto es, sin compañera y en tan malas condiciones en cuanto a su resistencia, que cinco años después pasaba a mejor vida a pesar del pomposo título de «*Statuam Magnifici Domini Gigantis de genere Nobilium Imperatorum*» con que se le nombrara en algunos documentos de la época. Así, pues, en 7 de Mayo de 1.518 libróse el contrato de adquisición de un compañero de aquel noble personaje, que se construyó aprovechando los restos de su difunto antecesor. Es curioso observar que el Gigante o *Jagant* se mantuvo soltero hasta el año 1.593 en que fué contratada la construcción de su imperial consorte *La Jagantesa*, habiendo hecho anteriormente las veces de tal un hombre con vestimenta de mujer.(1)



«L'Aliga» de Gerona  
Linoleum de Joaquín Pla

La villa de Toscarón, en Francia, eligió a Santa Marta por parona por haber logrado esta, según la tradición, vencer y encadenar a un monstruo carnívoro llamado precisamente la *tarasca* paseándose en las procesiones la figura de dicho animal extraordinario vencido y arrastrado por una muchacha. (2)

Poco queda ciertamente de aquellos simbólicos monstruos creados por la fantástica inventiva de nuestros antepasados. Sin embargo nuestros gigantes que por obra de sus artifices renunciaron a aspecto severo y a veces feroz y espantoso de sus predecesores del siglo diez y seis, siguen con aire señorial desempeñando en las fiestas populares como en las grandes solemnidades y principalmente en el día del Corpus un importantísimo papel. En muchas ciudades las sonoras vibraciones del reloj de las Casas Consistoriales anuncian desde la vigilia la salida triunfal de sus regios y colosos moradores; él, rígido y envarado con la espada romana al cinto; ella graciosa, teniendo en la mano un ramo de flores o un pañuelo de encaje, ambos con corona condal o ducal, ostentando ricos y holgadas vestiduras, obsequiándose mutuamente con cortesías, ora marcando el paso al redoble del timbalero

ora repitiendo vueltas al compás de las agudas notas del *flabiol*. Algo hay de embrujo en su gravedad de estatua que intima la sumisión sin que por eso cause temor. Porque la gigantesca y gentil pareja que año tras año cultiva el placer de pasear por las calles de nuestras ciudades en las tibias y olorosas tardes de primavera, lejos de representar como en la antigüedad a unos seres de estatura desaforada y de carácter feroz que iban a postrarse ante la Excelsa Majestad, mas bien parece la significación simbólica de la nobleza y la sabiduría, tales con sus gracias, su devoción elegante y su irresistible prestigio.

En Junio del año 1.882 la villa de San Feliu de Guíxols vió pasear por sus calles seguidos de música unos flamantes gigantones ricamente ataviados, que asombraron al vecindario. No hemos podido averiguar cual fuera el punto de salida y a donde se dirigían aquellos mayúsculos señores que tanta admiración causaran entre los guixolenses puesto que no se habló más de ellos.

Pero los gigantes han vuelto con el atavío de sus mejores galas iluminados a veces por celajes de oro, conservando el raudal de fervientes impulsos y dando cierto carácter épico a nuestras poblaciones en esta tarde del Corpus envuelta entre nubes de incienso, olorosa y sonriente.

J. SOLER CAZEAUX,

(1). (Julian de Chia, «La Festividad del Corpus en Gerona», 1895)

(2). (A. Gascón de Gotor, «El Corpus Christi y las Custodias, 1.916»)

